

La ingeniosa niña María

Esther Ramos Merinos.

Era una calurosa tarde de verano y María y sus hermanos se estaban bañando en aquella tranquila playa próxima a Sant Joan d'Alacant.

Faltaba poco tiempo para que anoheciera y los pequeños Pedro y Juan se resistían a salir del agua, pues se lo estaban pasando muy bien saltando entre las olas. Miguel, el hermanito pequeño, se entretenía dibujando extrañas figuras en la arena, con la ayuda de la pluma de una gaviota.

-¡Venga, niños, salir ya, que se está haciendo muy tarde! -gritó María con los brazos puestos en jarra y la cara muy seria.

Como sus revoltosos e inquietos hermanitos no le hacían ningún caso, la niña salió del agua, recogió su ropa de la arena e hizo como que se marchaba de la playa.

- ¡María, María, no te vayas, no nos dejes solos aquí! -le suplicaron sus hermanitos. Estos se asustaron al ver que María se alejaba del lugar, puesto que su casa estaba muy lejos y ellos solos seguramente no hubieran encontrado el camino de regreso. Los tres niños comenzaron a llorar, de manera que la playa dejó de ser un sitio tranquilo.

La niña, que ya había andado unos pasos, sintió pena de sus hermanos y se dio la vuelta. Algo extraño tuvo que ver en el horizonte para que se quedara pálida y el terror se apoderara de ella. A lo lejos, se podía ver, con mucha claridad, los mástiles y las velas de una flota de bajeles piratas. En cierta ocasión María acudió, en compañía de su padre, a visitar las torres de la Condomina y Boter. Su padre, que era un veterano soldado, le enseñó unos dibujos que representaban a unos barcos de corsarios provenientes de Argelia y en cuyos mástiles ondeaban unos extraños símbolos. Los barcos que acercaban hacia la playa se parecían mucho a los dibujos que le mostró su padre cuando visitó esas dos torres de defensa. Eso significaba que eran barcos de piratas y ella y sus hermanos debían huir rápidamente.

María sabía que estaba a punto de hacerse de noche y que los piratas, según le había contado su padre, solían atacar a los campesinos por la noche robándoles la comida y haciéndolos prisioneros. Si ella y sus hermanos caían en manos de aquellos malvados hombres, serían llevados al otro lado del mar para ser vendidos como esclavos, pues como su familia era pobre, jamás podrían pagar el rescate. En cuyo caso, nunca más volverían a ver ni a sus padres ni a sus amigos.

Por miedo a ser capturados, los niños corrieron sin parar atravesando grandes campos de almendros y olivos. En su huída, pasaron por delante de varios caseríos y avisaron a sus gentes de que los piratas estaban a punto de desembarcar. Después de correr durante mucho tiempo, llegaron a la Torre de Boter. Empujaron la gruesa puerta de madera maciza y forrada de hierro de la torre, y en su interior encontraron a unos hombres que fabricaban aceite y vino. La niña y sus hermanos contaron lo que habían visto en la playa y al momento una enorme hoguera daba la señal de alarma a toda la huerta. Los hombres comenzaron a agruparse para la defensa y uno de ellos corrió a caballo para avisar a los soldados que se encontraban en el Castillo de Santa Bárbara.

Entre tanto, un numeroso ejército de piratas se estaba formando en la playa. Al frente de aquellos saqueadores se encontraba el pirata Dragut, que era un corsario muy malo. Tenía la barba blanca y pese a su pequeña estatura era muy temido y muy respetado por sus hombres. Como era muy nervioso e inquieto, no paraba de dar órdenes a sus hombres moviéndose de un lado para otro de aquella solitaria playa. Aquel malvado personaje había causado mucho dolor en nuestras tierras y por eso cuando la gente oía hablar de él, temblaba de la cabeza a los pies.

Los piratas esperaron a que se hiciera de noche y comenzaron a andar en silencio, en dirección a Sant Joan d'Alacant, pues querían sorprender a la gente durmiendo en sus casas. Esa era la táctica preferida de aquel malvado pirata.

Aquella noche, Dragut pretendía hacer prisioneros y saquear las ricas cosechas de aceite y el apreciado vino de la Huerta.

María estaba muy satisfecha pues había podido avisar a sus vecinos de la invasión de los piratas. De esa manera podrían organizar una buena defensa para rechazar a los temidos saqueadores.

María miró en todas las direcciones y pudo ver que en todas las torres de la comarca, las hogueras habían sido prendidas. Su padre le hablaba con mucha frecuencia de las torres de defensa y ella conocía perfectamente el lugar en que estaban levantadas.

Después de mucho correr, los niños pudieron llegar hasta su casa en la Maimona, donde pudieron abrazar a sus padres contándoles todo lo que habían visto. Gracias a María, todos los vecinos del lugar habían podido esconderse en la torre. Sus padres se habían quedado en casa a la espera de que ella y sus hermanos regresaran de la playa. El veterano soldado agarró el arcabuz y corrió en compañía de su familia a refugiarse dentro de la Torre de la Maimona. Intentaron cerrar la pesada puerta de la torre pero al parecer, los obreros que la construyeron, olvidaron colocar una cerradura.

La gente que estaba dentro de la torre estaba muy asustada pues los piratas de Dragut habían entrado en el pueblo y comenzaron a rodear la Torre de la Maimona, Como la puerta no tenía cerradura los vecinos no podían cerrarla, pero a María se le ocurrió una genial idea y se puso a saltar, con sus hermanos encima del techo, hasta que una viga se desprendió.

Gracias a esa viga pudieron asegurar la puerta y los piratas no pudieron entrar en la torre. María había evitado que su familia y sus vecinos fuesen capturados por el cruel pirata Dragut.